

extinguirse su línea, la elección recaería en los Estados; y que el rey hereditario de Hungría no se haría cargo del gobierno sino después de haberse hecho coronar.

Aquí concluye la rebelión de los húngaros y su historia. Carlos los ganó á su partido restituyéndoles

la corona de San Estéban y protegiendo á los protestantes; desde entonces aquellos turbulentos magnates han sido fieles al Austria, y en lugar de unirse á los turcos fueron para ellos temibles adversarios, hasta que los tiempos mudaron sus ideas, y la sublevación produjo nuevas desgracias.

## CAPÍTULO XXIV

### ESPAÑA Y PORTUGAL.

Francia, Inglaterra y Austria, cuyas vicisitudes acabamos de seguir, se comprometen en aquella época en una guerra que cambia la faz de Europa.

La España, que había hecho temer por un momento á la Europa ser subyugada por sus armas declinaba cada día más: inmenso bajel, que tenía su pro en el mar de las Indias y su popa en el Atlántico, pero desprovisto de remos, aparejos y piloto. Fernando el Católico había dominado al clero, atribuyéndose el nombramiento de los beneficios; Carlos Quinto reprimió á las comunidades con los nobles, humillando después á los nobles, que habían fundado el reino y defendido sus franquicias; Felipe II los redujo al papel de cortesanos, rodeados de riquezas, clientes, y orgullosos con poder cubrirse delante del rey, pero sin autoridad; por otra parte, la segunda nobleza se separaba de ellos para servir á la Iglesia ó á la monarquía. Habían muerto la vida casi independiente de las ciudades y el heroísmo de la caballería religiosa. Los suplicios enseñaron á las cortes á callarse; y el simulacro que se dejó subsistir de ellas pudo poner trabas al bien, pero no impedir el mal, en un país donde *El rey lo quiere* tenía fuerza de ley. Habiéndose arrebatado á la nación toda cooperación en sus propios destinos, no sobrevivía más que el amor á la patria y el respeto á la autoridad.

En su continua lucha con una nación de una fe y de una naturaleza diferentes, la España se había aficionado á las conquistas, y se acostumbró á avasallar á los vencidos y á querer subyugarlos en lugar de gobernarlos. Esta táctica le perjudicó cuando tuvo que habérselas con los europeos. Los Países-Bajos, el Portugal y la Italia gimieron bajo su yugo de hierro; la América fué sujeta por la fuerza, y empobrecida con las exacciones; las colonias y las provincias eran oprimidas por los vireyes, que se renovaban á cada momento, y que

eran sumamente ignorantes. Con objeto de disimular Felipe II la decadencia de su imperio ó para afectar majestad, tanto él como sus sucesores, se encerraron en un suntuoso palacio, donde no se conocía al pueblo sino por relación, y al hombre sino al través de un sombrío y rigoroso ceremonial. El inquisidor general era el primer personaje en palacio. Encontrábase comprimida la imaginación cuando en otras partes se le abría un estenso camino. La intolerancia hizo desterrar á la industria con los judíos, y con los moros á la población, que se encontró reducida á cinco millones y medio. Encontrábase la agricultura gravada por la *mesta* y amenazada de languidez en manos del clero y de la nobleza, estraños el uno por naturaleza, la otra por orgullo á toda idea de mejora. Habían llegado á tal grado las cosas, que si llegaban á faltar las flotas de las Indias, no quedaba al país ningún recurso para atender á sus más urgentes necesidades.

Contábanse en la monarquía, en tiempo de Felipe II, trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil de segundo orden, y el doble de religiosos regulares. Entre éstos surgían de continuo cuestiones: los inquisidores esparcían el terror en lo interior del país, al mismo tiempo que luchaban con el papa; los obispos inmensamente ricos no se ocupaban de sus rebaños. Los grandes empleos del Estado no se desempeñaban más que tres ó cuatro años, como beneficios concedidos á la inespencia á fin de que pensasen sacar ventaja de ellos, sin tomarse el trabajo de adquirir la práctica. Desde el fondo de sus inaccesibles palacios, los monarcas no podían dar la vida ni al Estado ni á la administración; su arbitraria autoridad estaba llena de trabas por los asilos y las inmunidades de los nobles y de las iglesias, de tal manera, que la seguridad y la justicia no indemnizaban

siquiera á los españoles de la pérdida de sus privilegios. Frecuentes sublevaciones eran ocasionadas por la carestía del pan; partidas de espada-chines entraban al servicio de cualquier hombre rico. Un inaudito lujo, ostentado por los ricos, sobre todo en vajillas de plata, no alentaba á la industria, arrebatando capitales á la circulacion, y limitándose solamente á una ostentacion de generosidad. Si un señor ganaba dinero en el juego, le distribuía á los asistentes, de cualquier clase que fuesen. Cuando el duque de Lerma recibió en los Países-Bajos á Gaston, hermano de Luis XIII, hacia poner en una mesa, después de la comida, dos mil lises de oro, y con este dinero era con el que jugaban el príncipe y su comitiva.

Tanto fausto ocultaba la miseria. Los doblones de España circulaban por toda Europa como consecuencia del sistema adoptado por aquel gabinete de comprar en todas partes donde había un descontento. Los ejércitos distantes costaban enormes sumas, y aun más, porque para tener á las provincias en una recíproca sujecion, se trasladaban á los walones á Italia; á los napolitanos á Flandes, y á los alemanes á Portugal. Entretanto los soldados del país se vestían con harapos y estaban hambrientos, la nobleza obtenía grados, pero sólo honoríficos; los oficiales se indemnizaban con el saqueo para poder entregarse á la licencia en Madrid. Adornábase pomposamente con el nombre de guardia española, alemana y walona, un conjunto de zapateros y herreros que pasaban de la tienda al palacio para servir allí de guardia. No quedaba al país, que había enviado cien bajeles á Lepanto y ciento setenta y cinco contra la Inglaterra, más que veinte mil soldados y trece galeras; hasta el grado que los berberiscos insultaban audazmente las costas sin defensa de Andalucía, donde capturaban las embarcaciones que se alejaban una legua de tierra; y que fué preciso tratar con un genovés para procurarse una pequeña escuadra destinada á sostener las comunicaciones con la India (1).

La literatura se estraviaba en pequeñeces. Los españoles, que se habían dedicado á la poesía como á un arte, introdujeron en ellas las sutilezas, cuyo gusto les había sido inspirado por su contacto con los árabes. El jefe de aquella escuela (de la que salió Marini, de origen español y educado también en España) fué Luis de Góngora, de Argote (1561-1627). Descontento con verse mal apreciado y mal recompensado, hizo la sátira de su época. Quiso después señalarse añadiendo al énfasis andaluz la barbarie de un lenguaje mezclado de términos

(1) Ap. MIGNET, *Negociaciones*, c. I, 316. Enviado Louville á España para ser ayo de Felipe V, nos presenta un triste cuadro de aquel reino. Carlos Weiss, en su *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, asegura que la deuda pública al principio del reinado de Felipe era de 35.000.000 de ducados, y que á su muerte había llegado á 100.000.000.

árabes que se habían conservado en el país, y de construcciones anticuadas; á esto es á lo que se llamó el *estilo culto* (2), modo pretencioso de expresarse, lleno de imágenes, tan distante como es posible de las locuciones comunes: añádase á esto nombres mitológicos sólo conocidos de los eruditos, un nuevo sentido á las palabras, inversiones, construcciones griegas ó latinas, como si el lenguaje se hubiese hecho para ocultar las ideas y no para expresarlas. Su *Polifemo* encontró muchos imitadores, exagera los defectos por la manía de decirlo todo de una manera desusada, de salirse de lo natural en la idea y en el estilo, y prodigar en cada línea las metáforas que en Marini y en algunos otros poetas italianos no aparecen sino á intervalos.

En esta nueva senda fué en la que los escritores españoles manifestaron su ardor lleno de trabas, no dando libre curso á la imaginacion con detrimento de todas las demás facultades, y los *conceptistas* y *cultos* vencieron á los antiguos clásicos. Don Francisco Quevedo de Villegas (1580-1645), el más ingenioso de todos, tan agudo en la sátira como era permitido en tiempo de Felipe II, tuvo la pretension de escribir en todos los géneros. Célebre en las escuelas, después entre los caballeros, un duelo le precisó á huir á Sicilia, donde el duque de Osuna le empleó en importantes servicios. Tomó parte en la conjuración contra Venecia; luego, cuando cayó el duque de Osuna, fué preso; y habiendo sido reconocida su inocencia después de tres años y medio de cautiverio, como pidiere una reparación fué desterrado. Vueltó á entrar en favor, se vió por nuevas sospechas encerrado por dos años en un fétilo calabozo, sin alimento y sin médicos. En fin, pudo hacer llegar á manos del duque de Olivares una carta, y éste mandó seguir el proceso. Aclaró su inocencia, y se le devolvió la libertad; pero sus bienes habían sido confiscados, se había gastado su salud y murió desgraciado.

Los once gruesos tomos de sus obras forman, según su editor, apenas el vigésimo de lo que escribió; quiso tratar todos los asuntos, y sus contemporáneos le prodigaron entusiastas alabanzas. Tenía gran talento, pero sin orden; rechazó el período contorneado entonces en moda; pero el deseo de agradar, le hizo dirigirse al efecto más bien que á la exactitud de las ideas: así es que cansa con una continua salva de antítesis, chistes y argucias. Su elemento es la sátira, en la que manifestando un talento admirable, aunque exagerado, y una razón superior, da útiles lecciones, siquiera se dirige á propagar el gusto á lo burlesco. Se le escapan epigramas muy felices aun en las obras serias, y muchos más en su curiosísima novela del Gran Taño. Sus canciones (*villancicos*) eran cantadas por el pueblo. Hemos tenido curiosidad de conocer su *Tratado de la política de Dios y del Go-*

(2) Los portugueses reivindican para don Sebastian el deplorable honor de haber introducido el *estilo culto*.

*bierno de Cristo*; pero en lugar de agudezas que debían esperarse de un hombre acostumbrado á los negocios, sólo encontramos en él una falta absoluta de práctica, y nada más que buenas intenciones, pues se limita á deducir, de grado ó por fuerza, lecciones de política de la vida de Jesucristo.

Don Francisco Moncada, marqués de Altona y duque de Osuna (1586-1635), nacido en Valencia, escribió *La expedición de los catalanes y aragoneses contra los turcos y griegos*, es decir, la de los almogávares. Menos brillante y más simpático que Mendoza, es inferior, á pesar del estilo, al primitivo narrador Ramon Muntaner, en su encantadora sencillez.

Don Francisco Manuel de Merlo, natural de Lisboa (1611-1667) empuñó las armas como los demás historiadores españoles, y estuvo encargado por Felipe IV de escribir la sublevación de los catalanes en 1640, en la cual tomó parte. Peleó después por la libertad de su país. Preso por un asesinato, fué desterrado al Brasil, después volvió á su patria, donde murió. Adoptó un desgraciado asunto, tanto más, cuanto que se detuvo en el primer año de la rebelion, pero es una obra de un estilo en que la fusion de lo antiguo y lo moderno es perfecta. Habiendo caído en olvido, ha sido vuelto á publicar como obra maestra por Capmany.

La literatura dramática floreció en tiempo de Felipe IV, que la amaba y cultivaba; en prueba de ello, basta citar á Calderon, á quien el rey, que consideraba como gran asunto las diversiones, proporcionó liberalmente medios de hacer pomposas representaciones. Solís, Moreto, Tirso de Molina, Francisco de Rojas, hombres ya conocidos de nuestros lectores, fueron el adorno de su reinado.

El castellano Esteban Villegas (1595-1669), que tradujo, y después imitó á Horacio y á Anacreonte, quiso introducir en su lengua versos á la manera latina. El asunto que con más frecuencia trató, fué el del amor, y compuso madrigales (*letrillas*) que se citan por su gracia. Fuele disputada la corona poética por Francisco de Borja y Esquilache, caballero del toison de oro, virey del Perú. Reprobando el gongorismo, se alababa «de seguir el camino intermedio, desterrando las expresiones fastuosas, la sencillez trivial y una oscuridad afectada.» Pero su correccion fué muy fria, y sólo los cortesanos tributaron alabanzas á su poema de *Nápoles conquistada*. Asimismo fué un gran señor Bernardino de Rebolledo, que tomó parte en la guerra de los Treinta Años, y fué después embajador en Copenhague, donde cantó las *Selvas danesas*. Puso en verso el arte militar (*Selva militar y política*), y compuso además varias piadosas poesías (1676). Juan de Jáuregui, caballero de Calatrava, de una ilustre familia de Vizcaya, se aficionó en Italia á la pintura y á la poesía, tradujo la *Aminia* y la *Farsalia*, que fueron mejor acogidas que sus demás obras (1688).

Baltasar Graciano, padre de un ilustre prosista, examina en el *Criticón* los treinta y ocho períodos de la vida: pone en escena á personajes é incidentes muy variados, con mucha estravagancia cómica; sólo la abundancia de imaginacion causa en ella cansancio. Publicó los preceptos del gongorismo, en el *Arte de pensar y escribir con talento*, en el que sostiene que no se debe ser vulgar en nada, ni en literatura, ni en moral; en su consecuencia, introdujo también el *estilo culto* en la elocuencia mística. Encareciendo, pues, las sutilezas de sus antepasados, redujo la antítesis á arte, pues «la naturaleza puede inspirar á veces semejantes ideas á un talento agudo; pero sólo el arte puede ponerle en estado de producir las cuando le agrade. Ahora bien, si el que apenas sabe comprenderlas es un águila, el que sepa producirlas será un ángel; y es una ocupacion digna de querubines, y superior á la humanidad, la que nos eleva á una clase de seres superiores.»

No pasaremos en silencio á sor Juana Inés de la Cruz, monja de Méjico (1614-1695), que hizo himnos sagrados de los cuales muchos fueron cantados en las iglesias mejicanas. También compuso varios *autos* por el estilo de Calderon, entre los cuales se distingue el *Divino Narciso*, alegoría mística destinada á representar el esposo celestial. Sin embargo, lo hinchado y vacío crecían cada vez más, como para ayudar á la imaginacion que sucumbía á fuerza de trabas. Cuando se conoció después que se había seguido una falsa senda, todos callaron; y aquella nacion llena de actividad, quedó entregada á la inercia literaria y al entorpecimiento político.

Felipe IV.—Felipe IV procuró en sus cuarenta y cinco años de reinado (1621-65) reponer la nacion; pero no consiguió más que despertar las causas adormecidas de guerra; y las consecuencias de los antiguos errores políticos se hicieron sentir cada vez más, á pesar de todo lo que hizo para disminuirlos el conde-duque de Olivares. Aquel ministro, no menos ambicioso que Richelieu, con más conciencia, no reunió tesoros, satisfecho como estaba con sus posiciones. Persuadiendo á Felipe que los cuidados del gobierno eran una pesada carga é indigna de él, escitó, por el contrario, en el rey, el gusto á goces reservados á su elevada categoría, y le dirigió á su antojo, fingiendo no obrar sino bajo la inspiracion del consejo de Estado (1624). Hizo, con objeto de restablecer la arruinada hacienda, un reglamento que manifiesta el mal y la ineficacia del remedio. Pudo reducir á una tercera parte los empleos de la judicatura, tan escésivo era su número. Limitó á un mes las prolongadas permanencias que hacían en Madrid los prelados y los nobles de las provincias; prohibió todo dorado en los muebles y utensilios, emplear oro ó plata, en galonear las telas de seda ó lana, la seda en las capas ó trajés de casa, la introduccion de vestidos, instrumentos y alfombras fabricadas en los Países-Bajos; prohibió en fin, usar encajes, vestidos de